

COLECCION
DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS
DE LA RELIGION CHRISTIANA,

**SAN JUSTINO, TACIANO DE SIRIA, ATENAGORAS,
TEOFILO DE ANTIOQUIA, TERTULIANO, MINUCIO
FELIX Y ORIGENES.**

TRADUCIDOS Ó ANALIZADOS:

*Obra escrita en Francés por el Señor Abate de Gour-
cy, Vicario General de Burdeos y de Cambray,
y Miembro de la Academia Real de Nancy:*

TRADUCIDA AL CASTELLANO,
Y DEDICADA AL SABIO CLERO DE ESPAÑA
POR DON MANUEL XIMENO Y URIETA,
Doctor en Sagrada Teología y Opositor
á Cátedras.

TOMO PRIMERO.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
MDCCXCII.



EL OCTAVIO DE MINUCIO FELIX.

Quando pienso en mí amado Octavio, y traigo á la memoria aquellos felices momentos, que tan rápidamente se me pasaban en su compañía, me parece, que le veo á mi lado, y que gozo todavía de los encantos de su amistad, no obstante que se ha huido para siempre de mis ojos: tan profundamente grabadas como todo eso tengo su memoria y su imagen en mi corazón. ¿Y cómo era posible, que yo dexase de supirar continuamente por aquel hombre aventajado, por aquel hombre santo, que me amó con tanta ternura y constancia; y que nunca jamás, ni en las cosas frívolas, ni en las de mayor importancia, tuvo otra voluntad, que la mía? Parecía, que una misma alma animaba nuestros dos cuerpos. Él solo fue el confidente de mis flaquezas; y sí bien es cierto, que me sirvió de compañero en mis descarríos, también lo es, que me mostró el camino, quando de la profunda noche del error y del Paganismo, pasé al gran día de la verdad y de la sabiduría. Sobre todo, me complace, quando me acuerdo del admirable dis-

curso , que le hizo á Cecilio , nuestro comun amigo , para desengañarle de sus supersticiones, y hacerle abrazar la verdadera Religión.

Fue el caso , que impelido Octavio de sus negocios , y animado del deseo de verme , vino á Roma , desamparando su casa , y arrancandose de los brazos de su muger y de sus hijos , que se hallaban justamente en aquella edad de la inocencia , que los hace todavía mas interesantes, quando la lengua no hace mas que tartamudear, y comienza á formar las palabras, sin poder pronunciarlas por entero. Es imposible que yo explique la alegría que sentí , al ver á un amigo tan amado ; solo digo , que fue tanto mas viva, quanto habia sido menos esperada.

Los sentimientos y la curiosidad de la amistad se llevaron los dos primeros dias , pasados los quales fuimos en compañía de Cecilio á la encantadora Ciudad de Ostia. Este exercicio era para mí un remedio tan agradable como provechoso , despues de los baños de mar , que acababa de tomar. Las ocupaciones del Foro , suspendidas con motivo de las vacaciones , daban lugar á los placeres , que trae consigo la vendimia; y el otoño , en recompensa de los pasados ardores del estío , nos ofrecia su apacible temperamento. Habiamos todos tres salido un dia muy de mañana , con el objeto de respirar un ayre fresco y puro , y de disfrutar del placer del paseo sobre la arena , que cubre la ribera : y Ce-

cilio, al tiempo de pasar por junto á una estatua de Sérapis, se llevó la mano á la boca, y la besó, segun costumbre de los idólatras. En verdad, hermano mio, me dixo entonces Octavio, que un hombre virtuoso como tú no debe permitir, que esté abismado en tan deplorable ceguedad un amigo, que no se aparta de tu lado; ni debe sufrir tampoco, que invoque unos simulacros de piedra, cubiertos de esencias, y coronados de flores: porque al cabo sobre tí ha de recaer toda la ignominia.

Distraidos en nuestra conversacion, atrevemos la Ciudad, y llegámos á la playa, donde parecia que el mar habia macizado y allanado, para nuestro paseo, la arena que la cubria. Como el mar, aun en tiempo de calma, no dexa de tener siempre alguna agitacion, aunque por entonces no veíamos ondas turbulentas, es indecible cuánto nos divertíamos en contemplar los varios movimientos de las olas, que ya venian formando mil juegos á romper á nuestros pies, ya se retiraban precipitadamente. Caminabamos con la mayor tranquilidad por aquella ribera, sin advertir el camino que andabamos, porque Octavio nos distraía con su discreta plática sobre la navegacion. Volvimos luego pasos atrás, y nos detuvimos en un lugar del puerto, donde habia distintas embarcaciones de pequeño buque mantenidas sobre estacas. Tambien disfrutámos del espectáculo de una tropa de muchachos que se es-

taban divirtiéndose á un juego que consiste en tirar obliquamente piedrecitas, ó guijarros delgados sobre el agua, de suerte que la piedra rase la superficie, se esconda un poco, como si nadara, y luego impelida vuelva á parecer, para esconderse inmediatamente, y rebotar de nuevo. Queda por fin vencedor en este juego aquel, cuya piedra va á mayor distancia, y da mayor número de botes sobre el agua.

Octavio y yo nos divertíamos con este espectáculo; pero Cecilio muy al contrario estaba algo distante, y al parecer, reflexivo, y disgustado. ¿Qué tienes? le dije. ¿Qué se ha hecho aquella amable alegría, que se manifestaba siempre en tus ojos, y no te huía el rostro, aun en los asuntos mas serios?

No puedo negar, me respondió, que la reconvencion que Octavio te ha hecho, me ha tocado en lo vivo; porque tachandote á tí de negligente, me hace á mí pasar plaza de ignorante. Pues esto no ha de quedar así; sino que antes bien Octavio y yo hemos de tratar á fondo la cuestión. Si te parece bien, yo haré que Octavio, que es de tu misma secta, conozca en breve, que es mucho mas facil disputar como amigos, que conferenciar segun el método de los sábios. Sentémonos, pues, sobre este muelle que hay aquí para resguardo de los baños; y de este modo hablaremos mas á placer.

Sentámonos en efecto, y á mí me pusieron

en medio , no por ceremonia , ni por honrarme tampoco , sino para que como árbitro los pudiera oír mejor , y para que de este modo estuvieran separados los combatientes. Porque por lo demás , sabida cosa es que entre amigos no hay distincion ; y que la amistad nos halla , ó por lo menos nos hace á todos iguales.

Cecilio comenzó de esta manera. Hermano mio, me dixo á mí , aunque tú has tomado ya partido acerca del objeto de nuestra disputa , pues nos abandonaste , y te pasaste á los reales del enemigo ; debes sin embargo , como Juez íntegro , mantener la balanza tan igual , que se conozca que tu juicio definitivo ha sido dictado por la fuerza de nuestras razones , y nó por tu particular modo de pensar.

Sí te desnudas de toda preocupacion , continuó dirigiendo su discurso á Octavio , no me será difícil demostrarte ; que en las cosas humanas todo es dudoso , incierto , problemático ; y que nosotros podemos á lo sumo arriivar á la verisimilitud , pero de ningún modo á la verdad. Por eso me admira que haya hombres , que cediendo á la fuerza de la desidia y del enojo , abrazen ciegamente la primera opinion , que se les presenta , en vez de armarse de un valor obstinado para investigar la verdad , examinarla y profundizarla. Pero todavía es mas doloroso y reprehensible , que los ignorantes y los mas zafios artesanos se desconozcan , y pretendan decidir

acerca de la naturaleza del Sér Supremo, quando se sabe, que todas las escuelas de los Filósofos han disputado hasta ahora sobre este asunto, y todavía no se han convenido: porque la flaqueza humana está tan lejos de poder elevarse hasta la Divinidad, que ni siquiera nos es dado conocerla, ni permitido tampoco investigarla: y mas, que sería una impiedad, que profanasemos lo que está en el cielo sobre nuestras cabezas, ó lo que está debaxo de nuestros pies en las entrañas de la tierra. Tengamonos por bastante felices y por bastante sábios, si segun el consejo de aquel antiguo oráculo, llegamos á conocernos á nosotros mismos.

Pero ya que no sepamos contenernos dentro del estrecho círculo, en que giramos; ya que hayamos sido arrojados á la tierra, é intentemos locamente volar hasta mas allá de los astros; por lo menos no nos forjemos fantasmas engañosas y temibles. Que los elementos de todos los seres se reuniesen por su propia virtud en el principio, y su concurso fortuito formase el mundo tal, qual le vemos; ¿qué necesidad hay, para que renozcamos á un Dios por Autor, ó por Arquitecto? Que el fuego encendiese los astros; que el cielo se suspendiese por sí mismo; que la tierra se asegurase por su propio peso; que las aguas, por su inclinacion natural, se precipitasen en el mar; ¿para qué esa nueva Religion, ese espantajo, esa

Tom. I.

Dd

supersticion? Todo hombre , todo animal formado del mixto espontáneo de los elementos , se resuelve en los mismos elementos , quando dexa de vivir : por consiguiente todos los seres , quando se destruyen , se descomponen y vuelven á sus primeros principios. Para esto , ni se necesita obreiro , ni juez , ni criador. Los soles , que alumbran al universo , se forman del mixto de la materia ígnea : y de las exhalaciones y vapores de la tierra se forman las nieblas y nublados , que se elevan sobre el ayre; y quando descíenden , producen la lluvia , el granizo , y el soplo de los vientos. El choque de las nubes hace que resuene el trueno , que centelleen los relámpagos , y que se encienda el rayo : y estos fuegos tan temidos caen accidentalmente y sin distincion sobre las montañas , sobre los árboles , sobre los lugares sagrados , como sobre los profanos , sobre los hombres religiosos , como sobre los perversos.

¿Y qué diré yo de las tempestades , que todo lo destruyen y trastornan sin distincion y sin exâmen? ¿Qué , de los naufragios , en que así los buenos como los malos padecen confusamente? ¿Qué , de los incendios , que abrasan al culpable y al inocente? ¿Qué , de las pestes , que inficionan el ayre , y arrebatan con todos los hombres indistintamente? ¿Qué diré por fin de la calamidad de la guerra , en la qual los mas valerosos son los primeros que peligran? Y aun en tiem-

po de paz , ; no vemos frecüentemente que el vicio , no solo camina á la par con la virtud , sino que tambien llega á verse incensado y adorado ; de manera que se ignora , si se han de detestar los crímenes de los malos , ó se ha de envidiar su felicidad?

Si la Providencia , ó alguna Divinidad rigiera al universo , ni veríamos á un Fálaris ó un Dionisio sobre el trono ; ni á un Rutillio ó un Camilo desterrados , ni á un Sócrates condenado á beber la cicuta. Vemos los árboles cargados de frutos , las viñas colmadas de ubas , las espigas en su mejor sazon ; y de repente las lluvias lo destruyen todo , ó una horrible tempestad lo asuela. Confesemos , pues , que nada sabemos , ó reconozcamos en todo esto los juegos de la fortuna , que domina como soberana absoluta sobre los hombres , y sobre la tierra. Y puesto que la Naturaleza nos es desconocida , sino recurrimos al imperio de la fortuna ; ¿qué cosa mejor podremos hacer , que adherir á las tradiciones antiguas , como á los mas seguros garantes de la verdad , y seguir las Religiones establecidas ? Y sin que nos hagamos jueces de los Dioses , á quienes debemos temer , porque así nos lo enseñáron aun antes que los conocieramos ; creámos á nuestros padres , que miraban de muy cerca el origen del mundo , y merecieron tener por Reyes ó por Preceptores á los mismos Dioses. ¿Y no es cierto que los Romanos debieron el imperio del mundo á su

piedad, aun para con los Dioses extraños? (a)

Supuesto, pues, que todas las Naciones convienen en reconocer á los Dioses, aunque no conozcan su origen y naturaleza; ¿habrá paciencia para tolerar la audacia, y la orgullosa y pretendida sabiduría de aquellos, que intentan debilitar, ó destruir una Religion tan antigua, tan útil y tan saludable?

Habla despues Cecilio del castigo de algunos Ateistas.

¿No es cosa deplorable, continúa Cecilio, que unos hombres de una secta proscrita y desesperada vayan congregando los mas ignorantes, que se encuentran en las heces del pueblo, las mugeres débiles y crédulas, con el fin de formar una conjuracion impia contra nuestros Dioses, y de unirse por medio del crimen, de juntas nocturnas, ayunos solemnes, y banquetes inhumanos? ¡O Nacion tenebrosa! enemiga de la luz, muda en público y parlera en secreto. Desde el seno de la miseria miran esos hombres á nuestros templos, como si fueran mataderos, insultan á nuestros Dioses, se burlan de nuestros sacrificios, se duelen de los honores del sacerdocio, y desprecian la púrpura; al paso que ellos, medio desnudos, y

(a) Omitimos las particularidades, que trae sobre la idolatría, porque son extrañas á nuestro objeto; y porque no son tampoco otra cosa, que unas frívolas declamaciones, y una ridícula pintura de las fábulas y supersticiones Paganas.

dementes con exceso, provocan los suplicios presentes, porque temen otros futuros é inciertos, y miran la vida con desprecio, por no morir despues de la muerte. De manera que una loca esperanza de la resurreccion los liberta de toda especie de temores.

Como el mal es fecundo, y la corrupcion hace cada dia nuevos progresos, esta faccion impia y malvada se va esparciendo por toda la tierra. No basta ya mirarla con horror, es menester exterminarla enteramente. Ellos se conocen por medio de señales secretas; se aman casi antes de conocerse; llaman Religion á los mas vergonzosos desórdenes; se tratan todos de hermanos y de hermanas, para dar el carácter de incesto á lo que sería un crimen ordinario: porque esa vana é insensata supersticion ilustra y engrandece los vicios mas infames.

Es indubitable, que la fama no pararía la consideracion en todas estas hablillas, si no tuvieran algun fundamento, ni les imputaria á los Christianos todas estas abominaciones, si no fueran verdaderas. Yo oigo decir, que ellos adoran la cabeza del animal mas despreciable de todos, conviene á saber, el asno; culto muy digno de gentes de esta especie. Asegurase tambien, que ofrecen culto á las cosas mas infames; y sus juntas clandestinas y nocturnas los hacen justamente sospechosos. Lo cierto es, que adoran á un hombre, que padeció el último suplicio, y á la

cruz tambien en que murió. Este es propiamente el altar que les conviene, y aquel el Dios que merecen adorar. ¿Y qué diremos de ese niño cubierto de arina, á quien arrebatan y degüellan, y cuya sangre beben? ¿Qué, de ese festin bárbaro, á que asisten los parientes mas inmediatos, y se hallán confusamente las personas de todas edades y sexós? ¿Qué, de aquel perro, que apaga la luz en sus asambleas, y de las abominaciones, que se cometen en ellas? Porque todo esto y mucho mas se sabe. Diremos, pues, que si no son todos efectivamente incestuosos, lo son por lo menos en su conciencia.

Paso muchas cosas en silencio; pero el misterio que ellos aparentan en todas sus prácticas, es una prueba mas que suficiente de la verdad de todos estos rumores, ó por lo menos de la mayor parte. Porque, qualquiera que sea el objeto de su culto, ¿qué motivo tienen para ocultarlo tan misteriosamente? Todo lo que en sí es bueno, apetece la luz del dia; solamente el crimen va siempre en busca de las tinieblas.

¿Y por qué, pregunto, no tienen témplos, altares, ni imágenes conocidas? ¿Por qué no hablan abiertamente, y se juntan con libertad? Sin duda porque lo que adoran será digno de castigo, ó vergonzoso. Pero al fin ¿quién es ese Dios? ¿En dónde está? ¿De dónde proviene ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna Nacion libre, ni aun la supersticion Romana ha

conocido? Solamente los Judios, pueblo miserable; hacen profesion de adorar á un solo Dios; pero siquiera lo adoran abiertamente, y tienen templos, altares, victimas y ceremonias: aunque, todo se ha de decir, ese Dios puede tan poco, que ha sido cautivado por los Romanos, juntamente con su pueblo.

Por lo que respecta á los Christianos, son particulares las quimeras que nos refieren. Nos cuentan que su Dios, á quien ni ellos pueden ver, ni menos manifestarlo á los demás, se informa escrupulosamente de las costumbres, de las acciones, de las palabras, y hasta de los mas escondidos pensamientos de todos los hombres; y que anda y está presente en todas partes. Lo pintan tambien enfadoso, inquieto, y curioso hasta el extremo de impudente, puesto que es testigo de quanto se hace en todos los lugares. Pero si está ocupado en el gobierno del universo entero, ¿cómo puede abarcar todas las particularidades? Y si está dividido entre todas las particularidades, ¿cómo puede velar sobre el todo del universo? Ni aquí para; sino que ese Dios amenaza á la tierra y á los cielos con un incendio universal; como si pudiera ser destruido el orden eterno establecido por las divinas leyes de la naturaleza, turbada la armonía de los elementos, ni disuelta la máquina del universo.

A esta necia opinion añaden tambien otros cuentos de viejas; porque aseguran, que resucita-

rán despues de la muerte, y despues que hayan sido reducidos á cenizas: y lo aseguran con tanta confianza, que parece, que ya están resucitados. Su necedad es doble, porque por una parte aseguran la destruccion del cielo y de los astros, siendo así que los dexamos en el mismo estado, en que los habiamos encontrado, y por otra se prometen á sí mismos la inmortalidad, no obstante, que ven, que no nacemos todos, sino para morir. La adhesion que ellos tienen á su dogma de la resurreccion, es sin duda la causa de que condenen nuestra costumbre de quemar los cuerpos; como si el tiempo necesitara de fuego para reducirlos á polvo, y como si no fuera del todo indiferente para los cuerpos, que los coman las bestias, los arrojen al mar, ó los inhumen y consuman al fuego. Antes bien la sepultura sería un suplicio para ellos, si fueran capaces de sentimiento: ni el fuego produce otro efecto, que el de destruirlos con mayor prontitud. Por una consecuencia del mismo error, esos hombres modestos se reservan para sí solos, como si ellos solos fueran justos, una vida feliz y eterna despues de la muerte, y condenan á los demás, como si fueran criminales, á suplicios eternos.

Añaden los Christianos otras cosas, que no puedo ventilar por falta de tiempo: ya he dicho, y no hay necesidad de probarlo, que son los hombres mas perversos: y aun quando concediere, que son justos, la opinion comun es, que

así el crimen, como la inocencia, debe imputarse al destino. Ni vosotros os apartais tampoco de este dictámen, puesto que atribuis á Dios todo lo que nosotros hacemos, así como los demás lo atribuyen al destino. Decis tambien, que no todos los que lo quieren, abrazan vuestra secta, sino solo aquellos, que Dios ha elegido: y de este modo pintais á Dios, como un Juez iniquo, que castiga en los hombres el destino, y no la voluntad.

Pero respondedme, os ruego: ¿Se ha de resucitar con el cuerpo, ó sin él, con el mismo, ó con otro? ¿Sin cuerpo? No: porque sin cuerpo no hay ya espíritu, alma, ni vida. ¿Con el mismo cuerpo? Tampoco: porque hace mucho tiempo que se destruyó. ¿Con otro? Menos: porque esto sería nacer otro hombre, y no renacer el mismo. Además de esto, al cabo ya de tantos siglos, ¿ha vuelto un solo hombre del otro mundo, por lo menos al modo que Protesiláo, con alguna licencia de pocas horas, para hacernos creer unas cosas tan increíbles? Ninguno. Todos esos son delirios de un cerbelo desbaratado, ó vanas ficciones de los Poetas, con las cuales vosotros, locamente crédulos, habeis querido honrar á vuestro Dios.

La experiencia de lo presente debia convenceros del engaño de las promesas que os hacen, y de la quimera de vuestros deseos. ¿No veis cuánto sufris en vida? Pues juzgad de aquí lo

Tom. I.

Ec

que podeis esperar despues de la muerte. La mayor parte de vosotros, y esto vosotros mismos lo confesais, los mas justos se ven en la mayor miseria, y son víctimas de la hambre, de la sed y del trabajo. Vuestro Dios lo permite, y al parecer no se cuida de ello: luego ó no quiere, ó no puede socorreros; por consiguiente, ó es injusto, ó carece de poder. Pero vosotros, con vuestros delirios de inmortalidad despues de la muerte, aun quando os veis amenazados del peligro, abrasados por la fiebre, ó despedazados por el dolor, no sentis vuestro destino, vuestra flaqueza, ni vuestro infortunio, y os obstinais en no confesarlo. Yo no hablo de los males que os son comunes con los demás hombres; sino de esas torturas, de esos suplicios, de esas cruces, que no adorais, sino que padeceis, de esos fuegos, que predecis y temeis; de los quales males no puede preservaros vuestro Dios en esta vida. ¿Y creéis, que será todo poderoso para haceros felices despues de la muerte?

Los Romanos, sin la ayuda de vuestro Dios, mandan á toda la tierra, y son señores vuestros; y vosotros, inquietos, sobresaltados, os pribais de los placeres mas honestos; no asistis á los espectáculos, ni á los festines públicos; detestais los combates sagrados, las viandas que se ofrecen sobre nuestros altares, y el vino con que se han hecho las libaciones. Esto es prueba de que temeis á aquellos mismos Dioses, que negais. Vo-

sotros no os coronais de flores, no os perfumais, y reservais los perfumes para vuestras funerales: haceis escrúpulo de arrojar flores sobre los sepulcros: estais pálidos, trémulos, y sois finalmente dignos de la compasion de nuestros Dioses. No no resucitaréis; y haced cuenta de que ni siquiera vivis ahora.

Si todavía conservais el juicio y el pudor, dexaos de observar los cielos, y no pretendais adivinar los secretos y destinos del mundo: los hombres ignorantes, groseros y rústicos bastante tienen en que entender con solo mirar á sus pies: quanto mas que aquellos hombres, á quienes no es dado entender en los negocios de la vida civil, ¿cómo es posible, que discurran con tino acerca de las cosas divinas? Si teneis, pues, tanto deseo de filosofar, haced por imitar á Sócrates, modelo de sabiduría; el qual, siempre que se le preguntaba acerca de las cosas celestes, *lo que está sobre nosotros*, respondia, *no nos interesa*. Por tanto el Oráculo lo declaró por el mas sabio de todos los hombres; y no porque hubiera llegado á saberlo todo, sino porque habia aprendido, que no sabía nada. La suma sabiduría del hombre es la convicción de su ignorancia propia.

Este es el principio que dió origen á las distintas sectas de los Académicos, cuya profesion los obliga á dudar aun en las mayores questões: que es el partido mas seguro para los igno-

Ec 2

rantes, y el mas glorioso para los sabios. Yo no hallo cosa mas admirable acerca de esto, y al mismo tiempo mas digna de ser imitada, que la respuesta del Poeta Simónides, á quien el Rey Hierón empeñó varias veces, para que le diera lo que pensaba acerca de los Dioses. Pidió Simónides primero un dia para reflexionarlo; pidió luego dos, y luego quatro; y por fin le respondió al Tirano, despues de tantas dilaciones, que quanto mas pensaba en aquella pregunta, tanto mas dificultosa hallaba su resolucion.

Yo, por mi parte, opino, que es preciso dexar las cosas en el estado de duda en que están, y no decidir temerariamente, quando tantos hombres grandes se mantienen dudosos; porque de lo contrario nos exponemos á introducir una supersticion ridícula, ó á destruir toda Religion.

Así habló Cecilio; y con cierto ayre de sonrisa, porque su desenfrenada cólera habia calmado mucho durante su discurso, ¿qué tiene, dixo, que responder Octavio, de la raza de Plauto, y el primer Panadero sin contradiccion (a), ya que no sea el primero de los Filósofos?

(a) La obligacion de traductor nos ha precisado á conservar esta fria bufonada, con que Cecilio pretende echar en cara á los Christianos la baxeza de su condicion, y la miseria de la mayor parte de ellos, aludiendo á los cuentos que se han publicado acerca de Plauto, de quien se dice, que se vió precisado á trabajar en casa de un Panadero, para ganar la vida.

Dexa, le dixe yo entonces, de aplaudírte á costa de Octavio; porque todavía no es tiempo de cantar el triunfo, hasta que se haya oído á las dos partes.

Además de que no tratamos de ninguna gloria de poca importancia, sino de averiguar la verdad, y de cogerla como fruto de esta conferencia. Tu ingenioso discurso me ha dado mucho gusto; pero yo debo sin embargo elevarme á mas altas consideraciones, nó precisamente sobre nuestra disputa, sino en general sobre todas las disputas.

Sucede muchas veces, que la sutileza y elocüencia del discurso cubren con un velo espeso las verdades mas luminosas. Los que lo escuchan se dexan llevar del encanto de las palabras, pierden de vista el fondo de las cosas, y confunden lo falso con lo verdadero; tanto mas facilmente quanto no saben, que algunas veces lo falso es verisimil, y lo verdadero no lo es. Muchas veces tambien, engañados por su culpa, ó por su credulidad, desesperan de hallar la verdad, y se precipitan en un pirronismo universal. Se debe poner mucho cuidado en no pasar tan ciegamente de una imprudente credulidad al extremo opuesto; y no porque hayamos dado nuestra confianza á hombres, que la han engañado, hemos de pasar al extremo de desconfiar de otros hombres mas virtuosos, y mas verdaderos.

Yo ciertamente me hallo aquí bastante embarazado entre dos antagonistas, ambos diestros en

el arte de defender su causa ; porque frecüentemente está la verdad por una parte , aunque algo obscurecida , y por la otra , la sutileza y la eloqüencia suplen por la solidez de las pruebas. Así qué , debo pesarlo todo con mucha madurez , de suerte que dé al talento los elogios , que merezca , y no admita ni apruebe sino la verdad. Ya eso , replicó Cecilio , es en cierto modo desnudarse del carácter de Juez imparcial ; porque todas esas consideraciones van encaminadas á debilitar la fuerza de mi discurso , y en nada se oponen á la respuesta que va á dar Octavio , si es que está en disposicion de contradecirme.

Tus quejas , le respondí , no van fundadas. Lo que yo he dicho es comun á entrambos ; y toda mi pretension se reduce á que no debo pronunciar mi juicio , hasta despues de haber examinado escrupulosamente la fuerza de las pruebas , sin respeto á la eloqüencia. Pero no perdamos mas tiempo (a) ; escuchémos con la mayor atencion la respuesta de Octavio , que al parecer está impaciente por hablar.

Tomó Octavio la palabra , y yo responderé , dixo , como mejor pudiere ; pero tú , ó Minucio ,

(a) He abreviado esta digresion , que interrumpe el curso del Diálogo , y corta el hilo del asunto principal. El mismo Minucio lo conoció tambien , y parece que lo da á entender con aquellas palabras : *no perdámas mas tiempo*. Por otra parte , en este trozo se hallan algunas amplificaciones , y bastante obscuridad.

debes unirte conmigo , para borrar con la fuerza de la verdad las tachas , con que se ha querido afear nuestro nombre. No quiero disimular ante todas cosas , que el discurso de nuestro amigo me ha parecido tan vago y tan ambiguo , que podria dudarse , si su eloqüencia era defectuosa , ó si era consecuencia natural del error : porque habiendo manifestado al principio , que creía la existencia de los Dioses , la ha puesto despues en duda ; de suerte que la movilidad de sus aserciones no me permite oponerle respuestas ciertas. Estoy muy distante de tachar á Cecilio de artificio , porque su candor lo pone á cubierto de una sospecha semejante : pero así como , el que no sabe cuál es el camino recto , se halla embarazado , si encuentra muchos , y ni puede determinarse á seguir uno , ni puede tampoco seguirlos todos ; del mismo modo , el que no conoce con seguridad la verdad , quanto mas opiniones diferentes se presentan á su imaginacion , tanto mas perplexo se halla é indeciso. No es , pues , de admirar , que Cecilio se halle tan ambiguo y tan incierto , y se contradiga á sí mismo. Yo espero , solamente con el favor de la verdad , que le voy á poner delante de los ojos , que destruiré todo quanto ha sentado , y lo fixaré para siempre en una opinion , dando de este modo fin á sus agitaciones , á sus dudas y á sus errores.

Y puesto que mi hermano ha dado á entender , que no podia ver sin cólera y sin indigna-

cion, que unos hombres pobres, sin letras y sin ciencia, discurran acerca de las cosas del cielo; voy primero á demostrarle, que todos los hombres, sin distincion de edad, sexô, ni condicion, han nacido racionales, y son por consiguiente capaces de encontrar la sabiduría; que los mismos Filósofos y los inventores de las artes, que han hecho eternos sus nombres, fuéron tenidos en su principio por hombres vulgares, pobres é ignorantes; que los ricos, idólatras de sus tesoros, no piensan jamás en el cielo; y que solamente los Christianos pobres han hallado la sabiduría, y la han enseñado á los demás: de donde resulta, que la razon no proviene del estudio, ni de las riquezas, sino del Autor de nuestra alma. Con que no será por consiguiente motivo de indignacion, el que nosotros investiguemos y enseñemos la ciencia del cielo. Ni se ha de atender tampoco á la calidad de las personas, primero que á la verdad de las razones: y quanto mas sencillo es el language, y mas desnudo de adornos, tanto es mas claro, y mas propio para persuadir, que solo tiene á la verdad por objeto.

Yo le concedo sin dificultad á Cecilio, que el hombre debe conocerse, investigar lo que es, de dónde proviene, por qué ha nacido; si ha sido formado por el concurso fortuito de los átomos ó de los elementos, ó si es que debe su sér á Dios. Pero es el caso, que no puede uno co-

nocerse á sí mismo, sin conocer al universo con quien está unido, y sin conocer á Dios, que es autor de todo. Para portarse uno bien en la sociedad civil, es preciso que forme primero idea de esta gran sociedad de todos los seres: y la principal diferencia que hay entre el hombre y la bestia consiste, en que esta, inclinada hácia tierra, no se emplea sino en buscar su alimentos; y el hombre, que tiene el rostro levantado para contemplar el cielo, está dotado de razón para conocer á Dios, y para imitarle: de suerte que sería un crimen, que cerrase los ojos á una luz tan resplandeciente, ó que buscase sobre la tierra lo que no podemos hallar sino en el cielo.

¡Extraña ceguedad! atribuir al acaso mas bien que á Dios, la formacion admirable del universo! Hay cosa mas manifesta ni mas incontestable, si se considera el cielo, la tierra, y toda la naturaleza; hay, repito, cosa mas manifesta ni mas incontestable, que la existencia de un Dios, de una Inteligencia infinita, que dió sér al universo, que lo anima, lo mueve, lo conserva y lo rige? Véase sino la inmensidad de los cielos, la rapidez de su revolucion, cómo están sembrados de luminaires durante la noche, y cómo uno solo esparce la luz por todas partes durante el dia.

¿Y desconocerás todavía á su divino Autor? El sol, cuyo curso es la medida del año; la luna, cuyas fases distinguen las diferentes partes

del mes; los astros, que arreglan la navegacion, el tiempo de la labor, y de la cosecha; esa sucesion jamás interrumpida de la luz y de las tinieblas, que le señala al hombre el tiempo del trabajo y del descanso: todas estas maravillas, en una palabra, que no pueden estudiarse, ni comprehenderse sino á duras penas, ¿pueden, pregunto, dexar de ser obra de la razon y de la inteligencia? ¿Qué diré yo de esa vicisitud perpetua é inalterable de las estaciones, tan necesaria para todas las producciones de la tierra; de la primavera con sus flores, del estío con sus mieses, del otoño con sus frutos, del invierno con sus olivas? ¿No anuncia todo esto una Providencia tan sábia como benéfica? Y no digo nada de la particular atencion que ha puesto en la division y orden de las estaciones; pues ha hecho que la primavera succediese al invierno, y el otoño al estío; para que de este modo, en vez de pasar repentinamente de los hielos del uno á los ardores del otro, y al contrario, fuesemos conducidos por grados casi insensibles.

Pon los ojos en el mar, y verás, que la ley que lo contiene dentro de su madre, está escrita sobre la ribera: mira los árboles, que hallan su alimento en las entrañas de la tierra: considera el fluxu y refluxu del Occéano, las fuentes y los riachuelos distribuidos como otras tantas venas sobre la tierra para regarla; los rios que corren sin interrupcion; la tierra repartida con tan-

ta sabiduría en valles, en colinas y en montañas; los animales que la cubren, provistos todos de armas prodigiosamente variadas para defenderse, unos dotados de una ligereza extraordinaria para la carrera, otros, que atraviesan el ayre á beneficio de sus alas.

Y quando de nada de esto hicieramos aprecio, la forma sola del cuerpo humano, mas que ninguna otra cosa, anuncia á Dios por su autor. Esta estatura recta, este rostro vuelto hácia el cielo, todos los sentidos colocados en la cabeza como en una fortaleza, y los ojos en la parte mas elevada, como centinelas... ¡Há! sería muy largo que yo me detuviese á decirlo todo en particular: baste saber, que no hay parte alguna en todo el cuerpo; que no sirva á un mismo tiempo para el adorno, y para la necesidad. Y lo que es mas admirable todavía, la misma forma es comun á todos los hombres, y sin embargo se halla variada en cada uno: de suerte que todos se asemejan, y todos son diferentes. ¿Y qué diré de nuestro nacimiento, del deseo de reproducirnos, y de la leche que Dios prepara en el seno materno para que sirva de alimento al niño?

Ni la Providencia se limita á cuidados generales sobre la tierra, sino que tambien se extiende sobre cada comarca en particular. Porque si la Gran Bretaña carece en gran parte de las influencias del sol, se le recompensa con los vapores tibios que despiden el mar. El Nilo sirve

de lluvia al árido Egipto: el Eufrates fertiliza los campos de Mesopotámia: el Indo riega y fecunda (a) los de Levante. Con que si quando entras en una casa, donde todo está limpio, arreglado, y dispuesto con algun gusto, no dudas que habrá un Señor mas digno de aprecio todavía, que lo que ven tus ojos; ¿por qué, quando te pones á mirar el cielo y la tierra, no has de creer tambien, que este inmenso palacio, en que por todas partes resplandece el orden, la sabiduría y la magnificencia, es obra de un Señor muy superior á todo lo que ha hecho?

Pero supuesto que no puede ponerse en duda la Providencia, acaso dudarás solamente, si se han de admitir muchos Moderadores del universo, ó uno solo. Es cosa muy facil saber á que atenerse en esta parte, si se ha de juzgar del imperio del cielo por los reynos de la tierra. ¿Comenzó nunca la division de la soberanía de buena fe, ó cesó sin efusion de sangre? Nada digo de los Persas, á quienes el relincho de un caballo les dió un Rey, ni de la fábula de los dos hermanos Soberanos de Tebas, que se degollaron mutuamente.

El reynado de los dos Mellizos sobre pasto-

(a) Octavio dice, *siembra*, gan sus aguas. Nos ha parecido qual de ninguna manera recido reducir la hipérbole á puede convenir á un río, por su justo valor, substituyendo muy fecundas que se suponen *fecunda á siembra*.

res y cabañas, hizo sus nombres inmortales: las guerras del Suegro y del Yerno destruyéron el universo, y la fortuna de este imperio inmenso no bastó para entrambos. Las abejas tienen un Rey; los ganados un Pastor; ¿y con todo eso creerás que el supremo poder está dividido en el cielo? ¿El poder de Dios, que no tiene principio ni fin, y es principio de todos los seres; que aun antes de haber producido nada, lo hallaba todo en sí; que con una sola palabra crió todo lo que existe; que todo lo arregla por medio de su sabiduría, de todo dispone por medio de su voluntad absoluta, y que no puede ser visto ni comprendido?

¡Oh! Es muy grande Dios, es muy incorpóreo, para que lo puedan percibir nuestros sentidos. Como es infinito é inmenso, no puede ser conocido tal qual es, sino de sí solo. Nuestra inteligencia es muy estrecha para abrazarlo; y nunca lo comprendemos mejor, que quando confesamos, que es incomprendible. El que se imagina que lo conoce, lo degrada; y el que se persuade que no lo degrada, no lo conoce absolutamente.

No hay necesidad de que le busquemos nombre; porque su nombre es *Dios*. Los nombres son necesarios para distinguir á cada particular en una muchedumbre: pero el nombre de Dios basta para aquel que es solo Dios. Si lo llamo Padre, Rey ó Señor, parece que le atribuyo algu-

na porcion terrena y mortal: quitemos, pues, todo lo que hayamos añadido á la idea sencilla de Dios, y quedará tal qual es. Tenemos en nuestro favor el consentimiento de todos los pueblos; los quales, quando levantan sus manos al cielo, no invocan sino á Dios. *El Dios grande, el Dios verdadera, si Dios quiere*: este es el lenguaje del pueblo, esta es la confesion del Christiano, y esta es la voz de la Naturaleza.

Aun los que pretenden, que Júpiter es el Sér Supremo, se engañan en quanto al nombre, pero convienen con nosotros en quanto á la unidad de poder ó de divinidad. Asimismo los Poetas, como por exemplo, Virgilio, reconocen un Espíritu único, principio de todos los seres, Padre y Soberano de los Dioses y de los hombres. Y si queremos escudriñar el modo de pensar de los mas célebres Filósofos, hallarémos, que por mas que sean diversas sus expresiones, convienen easi todos en la unidad de Dios, de un Sér inteligente, infinito, Autor de todo lo que existe, árbitro supremo, y moderador del mundo; de suerte que podría creerse, que los Christianos son otros tantos Filósofos, ó que los Filósofos han sido otros tantos Christianos.

Octavio pasa aquí en revista la mayor parte de los Filósofos desde Virgilio (a). Estas autori-

(a) Omitimos todas estas impertinentes á nuestro asunto particularidades, porque son to, pues no tenemos idóla-

dades, concluye, bastan para refutar las fábulas y los absurdos de la idolatría, que por sí mismos se refutan.

Advierte luego Octavio, juntamente con muchos Autores Paganos, como Euvemero, que la mayor parte de los Dioses han sido hombres deificados despues de su muerte. Se saben, dice, los lugares, en que han nacido, en que han vivido, y los sepulcros en que descansan: pero un Dios no puede morir, ni puede nacer tampoco, porque la Divinidad no tiene principio ni fin. Y aun esos mismos Príncipes, á quienes se acostumbra deificar despues de la muerte, vemos, que á su pesar se les da el nombre de Dioses, porque quisieran permanecer hombres, y por viejos que sean, temen hacerse Dioses (a).

Octavio ridiculiza luego las estatuas de los Dioses. Quizá ese Dios de madera, dice, es resto de alguna pira, ó de alguna horca; y ese Dios

eras, á quienes refutar ni vergüenza, pero que la persuadir. Tertuliano, en el santidad del Christianismo Apologético que hemos publicado, se extendió bastante sobre la idolatría, y nuestro Apologista no hace por lo comun sino copiarlo. También hemos suprimido mas adelante algunas particularidades acerca de las infamias, que el Paganismo autorizaba, y consagraba sin

(a) Bien sabido es el chiste de Vespasiano, segun refiere Suetonio. Estando aquél Emperador á la muerte, *mucho siento*, dixo, *comenzar á bacerme Dios*. No se pueden ridiculizar mejor las apotéosis.

de cobre, ó de plata habrá sido formado de un vaso, que sirvió para los usos mas despreciables. Pero ese metál, decis, esa madera no era entonces un Dios. Pues ¿qué género de tormento le habreis dado para hacerla Dios? ¿Quándo por fin, y cómo se hace tal? Porque ese material es fundido, trabajado, esculpido, y todavía no es Dios: lo emploman luego, lo ponen derecho; tampoco es Dios todavía: finalmente es adornado, consagrado, y se le hacen súplicas: con que comienza á ser Dios, quando el hombre quiere, y lo dedica.

Es cosa muy importante descubrir el origen de la idolatría. Hay unos espíritus engañosos y perversos, que mancháron su pureza y su perfeccion original, y se perdiéron rebelandose contra su divino Autor; y para consolarse en su desgracia procuran arrastrar á los demás hombres al abismo, en que ellos se precipitáron. Como se ven corrompidos, no tratan sino de corromper á los demás; y como se consideran arrojados de la presencia de Dios, quisieran apartar tambien á los demás hombres, por medio de sacrílegas supersticiones. Estos espíritus, á quienes llamamos *Demonios*, han sido conocidos tambien de los Poetas y de los Filósofos.... Todos esos prodigios, que hacen, ó fingen hacer los Mágicos, son un efecto del poder de los Demonios; los quales hacen ver lo que no es, é impiden que se vea lo que es....

Los Demonios procuran, por toda especie de

medios, seducir á los hombres, y extender el imperio de la idolatría; animan las estatuas, habitan los templos, hacen que las entrañas de las víctimas palpiten, algunas veces dirigen el vuelo de los páxaros, presiden á la suerte, y prorrumpan en oráculos oscuros y engañosos: en una palabra, engañan, y son al mismo tiempo engañados. No tienen de continuo otra ocupacion, que la de atormentar ó seducir, penetran algunas veces en el cuerpo, ocasionan distintas enfermedades, llenan de terror al alma, y aparentan esos pretendidos prodigios tan celebrados. Muchos de vosotros saben, que los Demonios convienen en todo esto que yo digo. Ese Saturno, ese Sérapis, ese Júpiter, objetos de vuestra adoracion, confiesan á instancias nuestras lo que son en la realidad; y no era regular que mintiesen en presencia vuestra, con el fin de perder su crédito entre vosotros. Todos los días estais viendo, que conjurados por los Christianos en nombre del solo Dios verdadero, salen temblando de los cuerpos que poseen.

Esto supuesto, no es maravilla que nos tengan un odio mortal, y que procuren sembrar en todos los corazones el aborrecimiento del nombre Christiano. Lo cierto es, que previenen todos los espíritus contra nosotros, para que de este modo seamos aborrecidos, aun antes que nos puedan conocer, y no llegue el caso de que sigan nuestro exemplo, si nos conocen, ó por lo

Tom. I.

Gg

menos se vean precisados á ensalzarnos.

Pero ¿puede por ventura haber mayor injusticia, que condenar lo que no se conoce? Creednos, quando confesamos nuestro delito: sí; nosotros hemos estado tan ciegos como lo estais vosotros: nosotros estabamos persuadidos, que los Christianos adoraban á monstruos, que despedazaban á sus hijos, y que se abandonaban á la dissolution en sus festines. No reflexionabamos entonces, que lejos de probar semejantes acusaciones, ni siquiera se habia pretendido verificarlas; ni nos hacía fuerza, que entre tantos pretendidos culpables no se hallase uno solo, que confesase su delito, por muy seguro que estuviese de la impunidad, y aun de la recompensa; sino que antes por el contrario, todos hacian alarde de su Religion, y solo se arrepentian de no haberla abrazado mas temprano.

Al paso que nosotros no teniamos dificultad en defender á unos hombres reos de sacrilegio, de incesto y de parricidio, ni aun queriamos oir á los Christianos: y algunas veces tambien, movidos de una compasion cruel, haciamos que sufrieran la tortura, para forzarlos á que se salvaran negando su profesion de Christianos; y para arrancar de su boca una mentira, nos serviamos de aquellos mismos medios, que se han inventado para lograr la confesion de la verdad. Si algun Christiano debil cedia á la violencia de los tormentos, y negaba su Religion, lo ensalzaba-

mos; como si aquella cobardo mentira lo purgase de todos los crímenes que habia cometido segun nuestras preocupaciones. Ya veis, pues, que nosotros pensabamos y obrabamos, como vosotros pensais y obrais ahora; pero si hubieramos seguido los consejos de la razon, no hubiesemos hecho que los Christianos detestasen la Religion que profesaban, sino solamente que confesasen los delitos que se les imputaban, en caso de ser ciertos.

Mas ¡ah! que no dabamos oidos sino á las sugerencias de los Demonios, que andan esparciendo por todas partes estos rumores calumniosos contra los Christianos, para que lleguen á ser la exêcracion de los pueblos. ¡O vanos esfuerzos! Todas esas fantasmas de la impostura desaparecen en presencia de la verdad; y esas abominaciones, que atribuis osadamente á los hombres mas castos y mas honestos, ni aun se tendrán por posibles, sino es que hallemos exemplos entre vosotros: porque el pudor ni siquiera nos permite oir hablar de ellas, y prohíbe, que nos justifiquemos mas por extenso.

Quando nos imputais que adorámos á un criminal y su cruz, ¡quán lejos estais de la verdad! Porque pensais que un criminal ha sido merecedor de que lo adoren los Christianos, y que un hombre terreno ha sido tenido por un Dios. ¡Desgraciados los que ponen su confianza en un hombre mortal! los quales todo lo pierden, quando

lo pierden. ¡Ah! Dexémos para los Egipcios esta deplorable ceguedad (a).

Tampoco adorámos la cruz, ni deseamos ser puestos en ella. A vosotros, sí, que se os podría acusar en esta parte, puesto que adorais á un Dios de madera, y vuestras banderas y vuestros estandartes están en forma de cruz....

Dícese tambien, que nosotros degollamos á un niño, para iniciar en nuestros Misterios. ¿Creéis, que haya alguno tan bárbaro, que manche sus manos con la sangre de un tierno niño, que acaba de nacer? Nó, nadie puede creer un crimen tan atroz, sino solamente los que tuvieren ánimo para cometerlo; como vosotros, por exemplo, que exponéis vuestros hijos á las aves y á las bestias feroces, y los sofocais, y dais la muerte aun antes de su nacimiento: aunque en esto no hacéis sino imitar á vuestros Dioses, y entre otros á Saturno, que se tragaba á sus hijos. Por eso sacrificais en honor de tales Dioses víctimas humanas. A nosotros nos está prohibido presenciar las muertes, y aun *oir*las; y miramos con tanto horror el derramamiento de la sangre humana, que ni siquiera comemos la de las bestias.

Los Demonios han forjado tambien la fábula de nuestro Banquete incestuoso, para obscurecer la gloria de nuestra castidad, si fuera posible, y

(a) Porfirio afirma, que honores divinos á un hombre los Egipcios tributaban los bre.

disuadir á los hombres de que abracen nuestra Religion.... Tambien aquí podriamos redargüir á nuestros acusadores. Porque sin hablar de los Persas que se casan con sus madres , ni de los Atenienses y Egipcios , que se casan con sus hermanas , ahí están , sin ir mas lejos , vuestras historias y vuestras tragedias , que veis y oís con tanto gusto ; las cuales están llenas de incestos , de que se glorian vuestros heroes. Mas no es extraño que estos excesos sean comunes entre vosotros , si teneis á vuestros mismos Dioses por cómplices y por modelos.

Nosotros ponemos mayor cuidado en ser castos , que en parecerlo : no tenemos mas que una muger , ó ninguna ; no nos casámos sino por tener hijos ; somos tan sobrios como castos ; y entre nosotros la gravedad templá siempre la alegría de la mesa. Muchos guardan la virginidad por todo el espacio de su vida , y no por eso se envanecen. Finalmente , estamos tan lejos de todo lo que huele á incesto , que hay muchos , que aun se avergüenzan de disfrutar de los placeres legítimos.

Por lo que respeta á los honores y á la púrpura , no porque reusemos estas cosas , se ha de decir que somos de las hezes del pueblo. Tampoco somos sediciosos , porque así congregados , como separados , profesamos la misma sumision , y somos igualmente pacíficos. No queremos hablar en presencia vuestra , porque vemos que os avergonzais , y que

temeís escucharnos. Sin embargo el número de los Christianos se aumenta considerablemente de cada día; y esto no es ningún crimen, que se nos pueda imputar, sino una preocupacion favorable: quanto mas que una de las prerogativas de la virtud, es conservar siempre sus sequaces, y adquirir incesantemente nuevos partidarios. No es cierto, que nos damos á conocer por medio de algunas señas exteriores del cuerpo, sino por la inocencia y la modestia. Nos amamos todos mutuamente, y á nadie sabemos aborrecer: nos llamamos hermanos, porque un mismo Dios es nuestro padre; profesamos todos una misma fe, y todos somos herederos de unas mismas esperanzas. Vosotros, por el contrario, no os conoceis, ó lo que es peor todavía, no os conoceis sino para aborreceros: solamente os considerais como hermanos en vuestros parricidios.

Creeis tambien, que nosotros no tenemos templos, ni altares, porque queremos ocultar lo que adorámos. Venid acá: ¿por qué hemos de pretender trazar la imagen de la Divinidad? ¿No es el hombre su imagen? ¿Y por qué hemos de encerrar á la Divinidad dentro de las paredes de un templo, quando sabemos que ni el mundo entero, su obra, podria contenerla?... ¿No es mejor erigirle un templo en nuestra alma, y consagrarle un altar en nuestro corazon? ¿Seré yo tan loco, que le ofrezca hostias y víctimas, que él ha criado para mi uso? No por cierto:

yo sería un ingrato , si despreciase sus dones , sabiendo principalmente que las ofrendas ; que la Divinidad me pide , són una alma recta , una conciencia pura , y una fe sincéra. El que vive en la inocencia , le ora ; el que practica la justicia , le ofrece libaciones ; el que se abstiene del mal , le presenta una ofrenda agradable ; el que salva la vida de otro hombre , degüella en honor suyo la víctima mas robusta. Este es nuestro culto , estos son nuestros sacrificios : y aquel entre nosotros es mas justo , que es mas religioso (a).

Verdad es , que no podémos mostrar nuestro Dios , ni tampoco verlo ; por eso lo creémos Dios , pues por todas partes echámos de ver su presencia , y jamás lo vemos. Todas sus obras , todas

(a) Todo quanto dice Minucio acerca del culto interior y espiritual , es muy sólido y muy cierto , porque no es exclusivo , ni se puede inferir cosa alguna contra el culto exterior. Casi todos nuestros Apologistas , por razones de prudencia y de discrecion , evitaban tratar sobre este asunto ; porque ni querian exponer los misterios á la mofa de los profanos , ni los fieles á la persecucion , manifestando los lugares de sus juntas. Es igualmente cierto , como hemos advertido en otra parte , que los Christianos , ya desde los primeros siglos , tuvieron lugares especialmente consagrados al culto divino ; el qual era ya entonces el mismo que es ahora , en quanto al fondo y á las ceremonias esenciales ; como lo demuestran nuestros antiguos monumentos , y como tambien hemos visto en San Justino , mucho mas antiguo que Minucio.

las maravillas de la naturaleza anuncian su presencia y su poder. No os admireis, si es que no lo veis. ¿Acaso veis los vientos, que todo lo agitan y lo ponen en movimiento? Aun el sol, que os lo hace ver todo, es casi invisible; porque el vivo resplandor de sus rayos deslumbra en tales términos, que si os obstinaraís en mirarlo de hito en hito, estabais expuestos á perder la vista. ¿Cómo, pues, es posible, que podais sostener el resplandor divino del que ha criado el sol, y es manantial eterno de la luz; quando solamente sus relámpagos os ponen en huida, y os ocultais de su trueno? ¿Con esos ojos de carne, con los quales no veis vuestra alma, pretendéis ver á Dios?

¿Y cómo es que Dios sabe todo lo que nosotros hacemos? ¿Puede por ventura verlo y oírlo todo desde lo alto del cielo? ¡Miserable objecion! ¡O crasa ignorancia! ¿Cómo puede ser que Dios esté lejos de nosotros, si ocupa por su inmensidad el cielo, la tierra, y todo el universo? No basta, pues, decir, que está cerca de nosotros; sino que está en nosotros mismos, ó por mejor decir, que nosotros estamos en él. Si el sol, no obstante que está clavado en el cielo, se esparce por todas partes, hace sentir su influencia, y comunica su luz á todos los seres; con mayor razon el Autor del sol y del mundo entero, para quien no puede haber cosa secreta, se hallará presente hasta en las tinieblas, y aun en

las tinieblas mas profundas , que son los pensamientos del hombre....

No pretendemos valernos de nuestro gran número : porque el gran número es nada para Dios. Nosotros distinguimos los países y las naciones: pero á los ojos de Dios , el mundo entero no es mas que una familia. Los Reyes no ven lo que pasa en sus estados , sino con los ojos de sus Ministros: Dios no necesita de que le adviertan nada: porque nosotros , no solamente estamos delante de sus ojos , sino en su seno.

Pero ¿de qué les ha servido á los Judíos adorar , como nosotros , á un solo Dios , y consagrarle un culto tan religioso?... ¿Ignorais por ventura la historia del pueblo de que hablais? ¿O es que no os acordais , sino de lo que le ha sucedido en estos últimos tiempos? Mientras los Judíos fueron fieles adoradores de nuestro Dios, que es el Dios de todos los hombres ; mientras obedecieron á sus órdenes y á su ley, prosperaron en todo : se multiplicaron prodigiosamente, abundaban de toda especie de bienes , reynaban sobre todos sus enemigos , y un puñado de Judíos ponía en fuga á exércitos innumerables. Sin armas , destrozaban á los exércitos mas aguerridos : los elementos combatian en favor suyo : Dios estaba á la frente de ellos ; en una palabra , eran invencibles.

Leed á sus Historiadores , ó si os parece mejor , á los de los Romanos. Allí veréis , que sus

pecados fuéron el origen de todos sus désastres; que todo quanto les ha sucedido , les habia sido predicho ; que ellos abandonáron á Dios antes que Dios los abandonase , y que no fuéron hechos prisioneros con su Dios , como decís los impíos; sino que su mismo Dios los entregó , como desertores de su Ley, á discrecion de sus enemigos.

En quanto al incendio universal , que con el tiempo ha de consumir al mundo , solamente el vulgo puede tenerlo esto por extraño. ¿Qué Filósofo hay que no sepa , que todo lo que ha tenido principio ha de tener fin ; y que ha de llegar día , en que sea destruido el cielo juntamente con todos los astros , de que está sembrado?

Despues de haber referido la opinion de los Estóycos , de los Epicuréos y de Platón , acerca del incendio y de la destruccion del mundo; ya ves , continúa Octavio , que vuestros Filósofos dicen lo mismo que nosotros ; no porque nosotros hayamos seguido sus huellas , sino porque ellos han tomado de nuestros Profetas estas verdades, aunque las han corrompido , y no nos presentan sino una vana sombra. Lo mismo han hecho algunos Sábios de aquellos , como Pitágoras y Platón , con el dogma de la resurreccion , que nos enseñan en sus escritos ; porque pretenden , que las almas despues de la muerte subsisten eternamente , y pasan de continuo á nuevos cuerpos. Y para mas desfigurar la verdad , se han imaginado , que estas almas van á animar los cuer-

pos de las bestias; opinion mas digna de un bufon, que quiere hacer reir, que no de un Filósofo grave.

Pero ¿se le puede disputar á Dios, que ha criado al hombre, el poder de resucitarlo? ¿No es mucho mas dificil dar el ser á lo que no es, que renovar lo que ya ha sido, despues de su destruccion? Y no digo bien *su destruccion*, porque lo que parece destruido y vuelto á la nada, no lo es efectivamente. Todo cuerpo, ora se resuelva en cenizas y polvo, ora se exhale en vapores y en humo, se desvanece verdaderamente, y es perdido para nosotros; pero los elementos se conservan en toda su entereza, y no los pierde Dios de vista en todas las alteraciones que padecen. Por lo demás, nosotros no creemos, que la costumbre de quemar los cuerpos pueda servir de obstáculo á la resurreccion; pero conservamos el uso de depositarlos en la tierra, como mas antiguo y natural.

Repara, que toda la naturaleza, como para despertar y mantener nuestra fe, nos ofrece por todas partes una imagen de la resurreccion. El sol y todos los astros salen y se ponen cada dia: las flores mueren y renacen todos los años: los árboles, parece, que envejecen, quando se despojan, y que rejuvenecen por el contrario, quando se cubren de hojas: las semillas finalmente se corrompen antes de multiplicar. Pues así los cuerpos despues de la muerte, como los árboles durante el

Invierno, conservan el principio de su futura resurreccion: y así como no se debe esperar que reverdezcan los árboles en invierno, del mismo modo para la resurreccion de los cuerpos debemos esperar á la primavera, esto es, al fin del invierno de esta vida.

No ignoro, que los hombres, por la mayor parte, quando se ven oprimidos de los gritos vengadores de la conciencia, desean ser aniquilados despues de su muerte; pero lo desean mas bien que lo creen; es decir, que quieren primero morir absolutamente y para siempre, que ser conservados para sufrir. La impunidad durante esta vida, la longanimidad de Dios, cuyos juicios son tanto mas justos, quanto son mas tardios, contribuyen á mantenerlos en una ilusion, que los lisonjea. Sin embargo, así los Filósofos, como los Poetas les advierten á los malos los suplicios, que les están destinados; y nos hacen una horrible descripcion de aquel torrente de fuego, de aquella laguna Estigia, que con sus infectas aguas da nueve vueltas al rededor del Tártaro....

Los suplicios de los malos no tienen medida ni fin. El fuego, como si estuviera dotado de inteligencia, mantiene sus cuerpos al mismo tiempo que los consume, los devora y los alimenta á un tiempo: semejante al rayo, que mata sin destruir, ó á aquellos volcanes, que siempre arden sin consumirse. Solamente los impíos pueden

negar, que Dios castiga con justicia al injusto y al impío, que no quieren reconocerlo; porque igual es el delito del que desconoce al Señor y Padre comun de todos, que el del que le ofende.

Si de la creencia pasamos á la conducta, veréis cuánto mas puras que las vuestras son nuestras costumbres, aunque tambien hay entre nosotros algunos Christianos relaxados. Es verdad, que vosotros prohibis los adulterios, pero los cometeis: mas nosotros no tenemos comercio sino con nuestras mugeres propias. Vosotros castigais las acciones criminales; entre nosotros, el pensamiento por sí solo es un crimen: vosotros temeis á los hombres sabedores de vuestros crímenes; nosotros tememos á nuestra conciencia, de la qual no nos podemos apartar un solo instante. Las prisiones están llenas de vuestros criminales; pero no hallaréis en ellas á ningún Christiano, sino es que sea algun confesor de la Fe, ó algun apóstata.

Nadie se ampare del destino, ni le atribuya la causa de sus excesos; porque qualquiera que sean los acontecimientos, el hombre queda siempre en libertad, y su accion es juzgada solamente, no su fortuna, ni su calidad. El destino es nada, la voluntad de Dios decide de todo; porque como ve lo por venir del mismo modo que lo presente, arregla los destinos de cada uno segun sus méritos, que tiene ya previstos. Jamás se castiga al nacimiento, sino al vicio. Esto bas-

ta por ahora en quanto al destino, de que trataré á fondo en otra ocasion.

Se nos acusa de que todos somos pobres: y lejos de avergonzarnos, nos gloriamos de serlo. La frugalidad le da firmeza al valor, al revés del luxo que lo relaxa: sin embargo ¿puede llamarse pobre el que de nada necesita, ni desea los bienes ajenos, y es rico á los ojos de Dios? Un hombre verdaderamente pobre es aquel, que sin embargo de tener mucho, desea mas todavía. Y por fin nadie hasta ahora se ha quedado tan pobre, como lo era al tiempo de su nacimiento.

Los animales viven, no tienen propiedad alguna, cada día encuentran el alimento, que les es conveniente; sin embargo no existen sino para nosotros, que verdaderamente lo poseemos todo, si nada deseamos.

Así como el viagero camina tanto mas gustoso, quanto va menos cargado; del mismo modo en la carrera de la vida, el pobre, libre de cuidados y de embarazos, es mas feliz que el rico agoviado con el peso de las riquezas. Si nosotros creyeramos, que las riquezas pudieran sernos útiles, las pediríamos á Dios, que pues las tiene en su mano, podria concedernos una parte; pero mas queremos despreciar las riquezas, que poseerlas.

Primero apetece la inocencia; primero pedimos la paciencia; y preferimos la virtud al luxo y á la prodigalidad. En quanto á las en-

fermedades y á las aficciones, mayorazgo inseparable de la humanidad, no las tenemos tanto por una pena, quanto por un motivo de combates y victorias. Los trabajos excitan é inflaman el valor: y la adversidad fue siempre la escuela de la virtud. La inaccion entorpece las fuerzas del cuerpo, y del alma. Todos esos ilustres personajes, que nos proponeis por modelo, debieron á la adversidad sus virtudes y su gloria.

No creais, que Dios no pueda, ó no se digne venir en socorro nuestro. Dios es Señor del universo, y ama tiernamente á los suyos; pero hace prueba de nosotros en los trabajos y en los peligros, al modo que se prueba el oro en el fuego. Sondea la voluntad del hombre hasta el último suspiro; nada se le escapa; y nada quedará sin recompensa.

No hay para Dios mejor espectáculo, que ver al Christiano que combate con el dolor, provoca las amenazas y los tormentos, la crueldad de los verdugos, el aparato y los horrores de la muerte, y que defiende su libertad contra los Príncipes y los Emperadores, cede á Dios solo, y muriendo triunfa del Juez, que lo ha condenado; porque aquel, que ha obtenido lo que pretendia, es el vencedor.

¿Qué soldado hay, que no desprecie el peligro, en presencia de su General? A nadie se le premia sin que primero combata. El General, sin embargo, no puede dar sino lo que depende de

sí: puede honrar al valor; pero no puede prolongar la vida un solo instante. Dios jamás abandona en el dolor á su soldado, y este triunfa aun de la muerte. Y así, por mas que el Christiano parezca miserable, no puede serlo en la realidad.

Vosotros ensalzais hasta las nubes á los que han sufrido valerosamente, como, por exemplo, á un Escévola, que por haber querido matar á un Rey, hubiera sido condenado á muerte, á no haberse abrasado su propia mano. ¡Ah! ¿Quántos de nosotros han sido abrasados enteramente, sin que dieran un grito, no obstante que podian salvarse con una sola palabra? Pero yo no debo comparar nuestros Christianos con un Escévola ó un Régulo. Hasta nuestras mugeres y nuestros hijos provocan las cruces, las torturas, las bestias feroces, y los mas espantosos suplicios; y todo lo sufren con una paciencia inalterable, que no puede dexar de ser dón del cielo.

¿No me confesarás, que no hay nadie, que quiera sufrir sin razon, ó que pueda sufrir tan crueles tormentos, sin el socorro divino? Pero quizá os mantiene en la ilusion el espectáculo de tantos infieles, que nadan en la opulencia, se ven colmados de honores, y gozan del poder supremo. ¡Há! Todos esos son elevados para dar mayor caída; son víctimas, que se engordan y se coronan para el sacrificio: pero lejos de pensar en esta espantosa catástrofe, parece que no ocupan los primeros puestos del Estado, sino pa-

ra abusar del poder que les compete, y para satisfacer sus pasiones.

Sin embargo, ¿cómo puede existir la verdadera felicidad sin el conocimiento de Dios? Esa vana sombra de felicidad, semejante á un sueño ligero, se desvanece antes que pueda tocarse.

Demos que seas Rey; no importa; porque por lo menos temes tanto, como eres temido; y por numeroso que sea tu séquito, te hallarás solo en el peligro. Demos que seas rico; pero ¿qué confianza puedes tener en la fortuna? Además de que, unos preparativos tan grandes para el corto viage de la vida, no son socorro, sino embarazo. Te glorías de tu púrpura y de tus fascas: gloria frívola, de que debieras avergonzarte, teniendo el alma manchada. Estás orgulloso con tu nobleza, encareces tus antepasados; pero todos somos iguales por naturaleza, y solamente la virtud nos distingue. Con razon, pues, los Christianos, que no hacen gloria sino de su vida y de sus costumbres, huyen de vuestros placeres y de vuestros espectáculos, porque conocen su origen, su peligro y su corrupcion (a).

Los Christianos, muy diferentes de los Paganos tambien en esta parte, celebran sus funerales con aquella misma modestia, que los carac-

(a) Pasamos por alto algunas particularidades acerca de los espectáculos y sacrificios de los Paganos, cuyo fondo se halla ya en el Apología de Tertuliano.

teriza mientras viven. No coronamos á los muertos con flores que se marchitan al instante; porque esperamos de mano de Dios una corona inmarcesible; y ponemos toda nuestra confianza en sus promesas y en su magnificencia. La seguridad que tenemos de que resucitarémos felices, nos hace ya tales desde ahora con la esperanza, ¿qué digo? con la vista de la recompensa, que nos está destinada. ¿Qué podríamos temer?

Por mas que Sócrates, engreído con el testimonio del Oráculo, nos predique que nada sabes por mas que Arcesiláo, Carnéades, Pirrón, y sus sequaces pasen su vida en dudar eternamente; por mas que Simónides difiera siempre su respuesta; los Christianos desprecian el vano orgullo de todos esos Filósofos, que fulminaban eloqüentemente sus propios vicios; y no anuncian, como ellos, la sabiduría con el trage, porque les basta tenerla en el fondo del corazon. Su language es sencillo, pero su vida es sublime.

Es indubitable, que nosotros nos gloriamos de haber hallado lo que los Filósofos buscan siempre, y no pueden encontrar. ¿Qué motivo hay para que seamos ingratos, y nos envidiemos á nosotros mismos nuestra felicidad? Si el Dios verdadero se nos ha dado á conocer, gozemos de este inestimable beneficio, desterremos la disputa, cortemos el paso á la supersticion, purifiquemonos de la impiedad, y conservemos con el mayor cuidado la verdadera Religion.

Aquí finalizó Octavio; y Cecilio y yo quedamos de tal manera admirados, que nos mirábamos uno á otro, sin que pudieramos pronunciar una palabra. De mí sé decir, que no cesaba de admirar, que Octavio, así con la razon, como con la autoridad y los exemplos, hubiese probado una cosa, que se comprehende mas bien que se explica; y que hubiera vencido á nuestros enemigos con sus propias armas, y demostrado, que era tan ventajoso como facil hallar la verdad.

Mientras yo me entregaba enteramente á estos pensamientos, exclamó Cecilio: Yo doy el parabien con toda mi alma á mi amado Octavio; pero me le doy tambien á mí mismo, y no tengo necesidad de aguardar á que el Juez pronuncie. Entrambos hemos vencido; porque tambien á mí se me debe atribuir el honor de la victoria; pues si Octavio es mi vencedor, yo soy vencedor del error. Ya me teneis conforme con vosotros en todo lo que pertenece al fondo de la questão: reconozco la Providencia, creo en Dios, y estoy convencido de la verdad de vuestra Religión, que desde este punto es ya la mia. Algunas dificultades particulares, que me quedan, no son de tanta entidad, que me impidan abrir los ojos á la verdad; sin embargo espero que mañana me las destruiréis enteramente, pues por ahora nos lo estorva la noche, que va entrando.

Me huelgo por todos los Christianos, dixe

entonces, de que Octavio haya triunfado: tanto mas, quanto de esta suerte me veo libre de pronunciar un juicio siempre odioso. Pero no hay que pensar en alabarlo, porque es muy superior á los elogios de un hombre: y solo Dios puede haberle inspirado lo que acabamos de oir, y haberle dado la victoria.

Con esto nos retiramos todos tres muy satisfechos; Cecilio, porque habia sido desengañado; Octavio, porque habia vencido; y yo por la conversion del uno, y por la victoria del otro.

Fin del Octavio de Minucio Felix,